

Racismo

El verano pasado, los medios de comunicación nos sorprendieron con grandes titulares en los que se informaba de la convocatoria de marchas y manifestaciones pacíficas en los Estados Unidos de América y en Europa. Los ciudadanos se solidarizaron con la población negra que protestaba por la excepcional violencia policial utilizada en Norteamérica en el caso de los ciudadanos de color. Unos meses antes habíamos asistido, atónitos, al brutal asesinato de un ciudadano indefenso a manos de un agente de policía en Minneapolis. Su nombre era George Floyd y su caso fue seguido por otras muertes acaecidas en circunstancias similares en Portland, Oregón y Kenosha, Wisconsin.

La situación ha vuelto a poner sobre la mesa la existencia de un racismo estructural en el país, que se expresa en una desigualdad entre los ciudadanos blancos y los negros en todos los ámbitos: los recursos educativos a los que acceden son peores, sus empleos más precarios, las tasas de encarcelamiento son mucho más elevadas en su caso y la atención médica que reciben es de peor calidad. El tema ha tenido tanto impacto que se ha convertido en uno de los puntos "candentes" de la campaña electoral norteamericana estos días y ha generado un intenso debate sobre el racismo en Estados Unidos que ha tenido gran eco en Europa, donde las poblaciones lidian con las acusaciones de racismo y xenofobia vertidas en su contra por su actitud ante las crecientes oleadas migratorias.

Casi 60 años después de la marcha de Martín Lutero King sobre Washington durante la movilización de la población negra estadou-

nidense por sus derechos civiles, una nueva marea de personas se manifestó contra la discriminación, no sólo en Washington, sino asimismo en Alemania, Australia, Tokio, Seúl y Londres, exigiendo a los gobiernos que actúen contra lo que denominan "racismo sistémico" ejercido contra las minorías étnicas.

Puede que a muchos de nosotros estas noticias nos hayan pillado por sorpresa, porque, después de todo, ¿eso del racismo no era cosa del pasado? En 1951, la UNESCO emitió una declaración sobre la cuestión racial en la que se proclamaba la unidad entre todos los seres humanos y se instaba a hacer un esfuerzo común para erradicar un sistema de pensamiento considerado irracional. La guerra había acabado, los malos habían sido derrotados y el racismo había llegado a su fin, o eso creíamos.

El origen del discurso racista

El racismo brotó de la idea ilustrada de una superioridad de los seres humanos que los elevaba por encima del resto de las criaturas. Sin embargo, cuando los colonizadores europeos multiplicaron sus encuentros con otros pueblos de aspecto y costumbres muy distintas a las suyas empezaron a preguntarse si la humanidad realmente constituía una única especie. Su superioridad tecnológica, económica y militar los llevó a asumir la superioridad biológica de su propio grupo, que, supuestamente, gozaba de ciertas capacidades innatas de las que carecían otros.

El mundo se fue haciendo más pequeño a medida que los viajes entre continentes se fueron regularizando y los científicos empezaron a clasificar flora y fauna hasta entonces desconocida para ellos. En 1795, Johannes Blumenbach publicó un libro en el que dividía a los grupos humanos como si fueran plantas. Definió cinco tipos de seres humanos: caucásicos, mongoles, etíopes, americanos y malayos. Su colega Carl Linneo dotó de colorido a esta taxonomía al asociar un color a cada tipo: blanco-caucásicos, amarillo-mongoles y malayos, rojo-americanos y negro-etíopes. Esta inocente categorización se

convirtió en una jerarquía entre las “razas” que legitimó el gobierno colonial y el tráfico de esclavos.

Darwin pudo acabar con esta deriva, poco científica hasta para los estándares de la época, al demostrar en su obra *El origen del hombre* que sólo podíamos haber evolucionado a partir de un tronco común. Sin embargo, en vez de hacer hincapié en la unidad, sentó las bases de una doctrina imperialista del progreso al afirmar que la evolución podía haber llevado ritmos distintos, lo que habría dado lugar a pueblos más evolucionados que otros y a un proceso que definió como la “supervivencia del más apto”.

Surgió la eugenesia, una ciencia que pretendía aplicar las leyes biológicas de la herencia al perfeccionamiento de la especie humana. Por increíble que pueda parecernos hoy, a principios del siglo xx la eugenesia tuvo gran auge en Europa y Norteamérica. Al Primer Congreso Internacional de Eugenesia, celebrado en Londres en 1912, asistieron el alcalde de la ciudad y el presidente del Tribunal Supremo junto a representantes de las universidades norteamericanas de Harvard y John Hopkins.

Las crisis económicas de la primera mitad del siglo xx provocaron grandes oleadas de inmigración que suscitaron un nuevo tipo de rechazo. No era exactamente racismo, sino más bien xenofobia, un rechazo de orden cultural, un sentimiento de temor a ser fagocitados por extraños de aspecto y costumbres diferentes. Fue el origen de un racismo cultural, basado en la sospecha, que pervive en la actualidad.

Renacer

Tras la Segunda Guerra Mundial, el racismo no fue objeto de estudio en los laboratorios sino por parte de los científicos sociales. Antropólogos, arqueólogos, historiadores, sociólogos, psicólogos y filósofos definieron la raza como una construcción social sin base biológica alguna. Sin embargo, no todos los científicos estuvieron de acuerdo

en la necesidad de dejar de lado los estudios biológicos sobre las diferencias raciales.

Surgieron así los Departamentos de Genética, pensados para estudiar la variación humana desde un punto de vista más científico y matematizado. Se dejó de hablar de raza, término que se sustituyó por poblaciones, etnias o grupos, y la variación se empezó a expresar estadísticamente en forma de "frecuencia" con la que aparecía un gen.

La ideología racista parecía estar bajo control, pero, en 1988, los investigadores Mehler y Hert publicaron un artículo en el semanario estadounidense *The Nation* en el que advertían que ciertos grupos, a los que pertenecían científicos de renombre, contaban con revistas especializadas financiadas por unas fundaciones privadas norteamericanas, que también pagaban estudios sobre la variación entre grupos humanos. Señalaban que se trataba de personas con altos niveles educativos, que vestían traje y corbata y formaban parte de la comunidad científica, los partidos políticos e incluso habían logrado introducirse aquí y allá en el gobierno, sobre todo en puestos relacionados con la gestión de la inmigración. El artículo no tuvo una gran acogida. Los norteamericanos seguían pensando que el racismo era cosa de marginales y de *skin-heads*.

En el siglo XXI, los estudios sobre variación poblacional están centrados en la heredabilidad de la inteligencia. En el mundo de las corporaciones hay quien está más que dispuesto a financiar estudios sobre las diferencias entre poblaciones que determinan su éxito económico como grupo. Si hay países ricos y países pobres, ¿se debe a las circunstancias históricas y los equilibrios de poder o más bien a que unos grupos son más capaces que otros de forma innata?

Muy característico de nuestros tiempos es el éxito de ventas que han resultado ser unas pruebas de ADN facilitadas por ciertas empresas farmacéuticas con las que cabe determinar el origen de los ancestros de una persona. Las pruebas se envasaron en "kits-de-uso-fácil" y salieron a la venta en 2005. El primer día se vendieron 10.000

unidades. En 2018 se habían vendido diez millones de kits en todo el mundo.

Ciencia y mito

Pese a los esfuerzos de los genetistas, varias décadas y muchos miles de millones después no se ha podido demostrar la existencia de una diferencia genética media entre poblaciones más allá de las superficiales vinculadas a la supervivencia como la inmunidad a enfermedades locales. No se ha hallado un gen ni una variante de gen que ostenten todas las personas de una misma "raza" y que no tenga ninguna otra. De ahí que la mayoría de los científicos acepten que la raza es una realidad social y no biológica, una característica que determina cómo vivimos, pero no quiénes somos genéticamente hablando.

Parece que entendernos no es sólo cuestión de datos científicos, porque aparte de organismos somos seres sociales que vivimos inmersos en una época y una cultura. Todo lo interpretamos a través de relatos sobre nuestro pasado que afianzan nuestra identidad. Los científicos tienden a creer que el lenguaje no importa; después de todo se trata de palabras, no de datos. Pero cuando utilizan ciertos términos, cuando se fomentan determinados estudios que vinculan la variación poblacional con la inteligencia y el desarrollo económico, se está mandando un mensaje que influye en cómo nos percibimos.

El racismo es un relato que hemos confeccionado y utilizado siempre que ha hecho falta acentuar la desigualdad. Fue el fundamento del estado nazi, legitimó a los antiabolucionistas sureños de Estados Unidos y permitió a los europeos justificar su dominio colonial. Hoy parece estar rebrotando y se expresa en derivas como la violencia policial por motivos racistas y en las políticas o, mejor dicho, en la carencia de políticas de inmigración de la UE. Los científicos son conscientes de ello: en 2018 la prestigiosa revista científica *Nature* publicó un editorial poco usual. Advertía que se había desatado cierta ansiedad entre los académicos porque, según ellos, los extre-

mistas escrutan los resultados de los análisis de ADN para “usarlos con fines engañosos”.

Ciencia y política

De manera que el problema no son las investigaciones científicas vinculadas a las diferencias entre grupos humanos sino la utilidad política que se les da. La imagen de los inmigrantes que proyectan los medios de comunicación suele ser muy negativa. Se los retrata como a personas violentas que arrebatan sus empleos a los nativos y se apropian de las ayudas públicas, lo que suscita un rechazo cada vez mayor en los países de acogida. En Estados Unidos se han obtenido muy buenos réditos políticos dirigiendo a la desatendida clase obrera blanca del país un discurso fuertemente xenofóbico y racista. En Italia un dirigente de extrema derecha obtuvo mucha popularidad al proponer expulsar a inmigrantes ilegales y refugiados. La extrema derecha alemana y española van ganando puntos, y en 2018, Steve Bannon, ex-estratega de Donald Trump, señaló a la extrema derecha francesa: “No os importe que os llamen racistas, no os moleste que os digan que sois xenófobos o nativistas. Consideradlo una condecoración”.

De nuevo parece una cuestión de palabras. Racismo, nativismo, xenofobia, términos que han pasado a formar parte de nuestro vocabulario casi sin darnos cuenta. Pero esas palabras se entrecruzan en un discurso que se fundamenta en la diferencia dejando de invocar una humanidad compartida, tanto si hablamos de la superioridad genética proclamada por el racista, de la fobia al extranjero de cualquier raza del xenófobo o de privilegiar a los nacidos en la tierra como desean los nativistas. Apela a individuos aislados que viven en el frío y deshumanizado mundo actual. Ofrece refugio y una cálida comunidad, pero sólo a algunos.

Debemos redoblar la precaución porque hoy sabemos bien que, en contra de lo que creíamos, la ciencia no es una empresa pura, al margen del mundo. Ciencia y política han ido de la mano cuando ha

sido necesario y a menudo incluso cuando no lo era. Las palabras importan y también los actos simbólicos. El 7 de junio de este año, los ciudadanos de Bristol, Reino Unido, tiraron al agua la estatua de Edward Colson, ilustre hijo de la ciudad que trabajaba en la Real Compañía Africana dedicada al tráfico de esclavos. Había pasado a la historia como un filántropo gracias a sus donaciones a la beneficencia.

Habrà que dedicar los próximos años a diseñar formas de aculturación inclusivas que eviten la marginalización, segregación o exclusión de los cerca de 22 millones de nacionales de terceros países que viven en la UE y de los millones de personas negras que residen en Estados Unidos. En su recién publicada encíclica *Fratelli tutti*, el papa Francisco habla del amor fraterno en su dimensión universal, en su apertura a todos para que, ante las diversas formas de eliminar o de ignorar a otros, seamos capaces de reaccionar con un nuevo sueño de fraternidad y de amistad social que no se quede en las palabras. El pontífice señala que los fenómenos migratorios suscitan una alarma y un miedo que se explotan con fines políticos. Los migrantes no son considerados dignos de participar en la vida social como cualquier otro. Nadie dice que no sean humanos, pero se los considera menos valiosos, menos importantes. Francisco señala que considera inaceptable que los cristianos compartan esa mentalidad y esas actitudes, haciendo prevalecer a veces ciertas preferencias políticas por encima de algunas de las más hondas convicciones de la propia fe: la inalienable dignidad de cada persona humana más allá de su origen, color o religión; y la ley suprema del amor fraterno. ■

Más allá de la materia

¿Por qué la ciencia necesita la metafísica?

Roger Trigg

Tradicionalmente, la metafísica se ha entendido como un razonamiento que va más allá del ámbito de la ciencia, a veces incluso afirmando realidades que están fuera del alcance de esta. Y esta es la razón por la que la metafísica, en ocasiones, se vea menospreciada por científicos y filósofos que únicamente contemplan los límites de la demostración científica.

En este libro, Roger Trigg desafía a quienes niegan que la ciencia necesite estos supuestos filosóficos, defendiendo la actividad metafísica como el auténtico motor que impulsa la experimentación científica para desentrañar lo Desconocido.



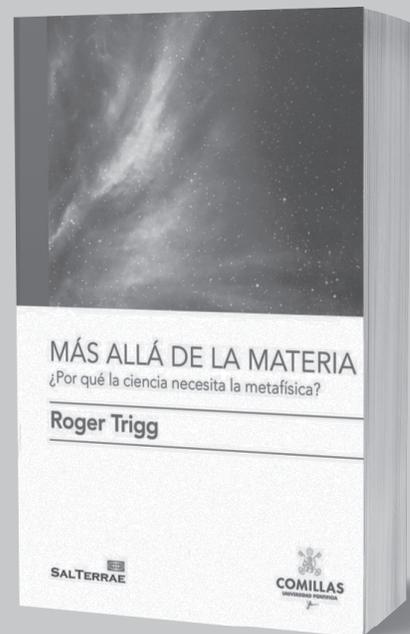
Más allá de la materia

¿Por qué la ciencia necesita la metafísica?

Roger Trigg

ISBN: 978-84-8468-892-7

Universidad Pontificia Comillas,
Sal Terrae, 2020.



SERVICIO DE PUBLICACIONES

edit@comillas.edu

<https://tienda.comillas.edu>

Tel.: 917 343 950